

¿Cómo afecta la globalización a El Salvador?

Omar Serrano*

Resumen

Con independencia de si se está o no de acuerdo, de si gusta o no, la globalización es algo fáctico, que se nos ha impuesto y que tiene manifestaciones evidentes. Esta globalización produce efectos negativos sobre los países de la periferia, principalmente sobre los sectores más desfavorecidos. La alternativa es fortalecer el Estado nacional que debilitó el neoliberalismo, propiciar la democracia integral y la participación de una ciudadanía consciente y activa. Solo desde un Estado nacional con estas características, se puede aspirar a una globalización más humana, que responda a los intereses de la mayoría y no solo de unos cuantos.

Palabras clave:

globalización, Estado, democracia, derechos, sociedad.

* Vicerrector de Proyección Social, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas.

“Se afirma que debemos subirnos al tren de la modernidad (como si solo hubiera uno), aunque no sepamos si va donde queremos ir e ignoremos si nos van a subir como pasajeros o como personal de servicio al que se devuelve al punto inicial una vez terminado el viaje, o si al llegar al punto del destino seremos trabajadores inmigrados. Es decir, nos aconsejan que, como países, adoptemos una conducta que ningún liberal (y tampoco una persona cuerda) seguiría en una estación de ferrocarril” (Calcagno, 1995).

La realidad de la globalización

La metáfora del tren de la modernidad de Calcagno (padre e hijo) puede muy bien aplicarse al fenómeno de la globalización. En El Salvador, se nos ha transmitido de manera reiterada que “o nos globalizamos o nos deja la historia”, es decir, o seguimos la tendencia que sigue el mundo o nos quedaremos rezagados. Por ejemplo, cuando se habla de las críticas situaciones de Cuba o de Venezuela, allende los intereses partidarios que hay detrás de las noticias, en el fondo lo que se transmite es que, si no nos montamos al tren de la globalización, nos va a pasar lo que a esos países latinoamericanos por resistirse a una tendencia mundial. Muchas veces, más allá de las críticas por las violaciones a los derechos humanos (todas condenables), lo que de fondo se cuestiona es el rumbo ideológico de esos Gobiernos. Honduras, por ejemplo, exhibe altos niveles de impunidad en los asesinatos de defensores de derechos humanos y periodistas. También junto con Honduras, en Nicaragua, el poder ejecutivo controla prácticamente todos los poderes del Estado. Pero, para Honduras, no existe la misma crítica que para la vecina Nicaragua ni la misma tinta que se gasta en Venezuela. La razón es que, de fondo, lo que está en juego es que aquellos países se han obstinado en ir contra la corriente dominante. Sin embargo, con la globalización no se trata tanto de acoger o de rechazar. Independientemente de si se está o no de acuerdo, la globalización es algo fáctico, está en medio de nosotros, aunque a lo mejor algunos no nos demos cuenta todavía.

Probablemente, ningún otro fenómeno a nivel mundial es característico de nuestro tiempo, de una manera tan profunda, fáctica y desigual como la creciente interconexión e interdependencia que se ha dado en llamar globalización.

Hay muchas acepciones de este fenómeno mundial. Anthony Giddens (1993: 67-68) define la mundialización como “la identificación de relaciones sociales mundiales que unen localidades distantes, de tal modo que los acontecimientos locales están condicionados por eventos que ocurren a muchas millas de distancia y viceversa”. Para algunos estudiosos del fenómeno, como Amartya Sen (2001: 37-50), desde hace mucho tiempo ya la globalización ha estado presente. Por tanto, no es algo nuevo, como tampoco se puede afirmar que la globalización ha sido necesariamente occidental ni que sea mala en sí misma. Para Sen, se trata de un proceso que ha sido parte fundamental en el desarrollo mundial. En la actualidad, hay un consenso generalizado en que este fenómeno es complejo y no se puede abordar con enfoques unilaterales so pena de caer en lecturas parciales y simplistas. Ahora se considera que la globalización es un fenómeno multicausal y multidimensional que abarca aspectos sociales, económicos, políticos, culturales, religiosos y hasta jurídicos, todos relacionados entre sí de un modo muy complejo (Santos, 2003: 168).

Sin embargo, una cosa es hablar de la globalización en términos generales, de sus potencialidades y de las posibilidades que ofrece para “humanizar” la sociedad —tanto mundial como a las sociedades nacionales—, y cuestión aparte es hablar de la globalización fáctica. Este abordaje parte de la premisa de que la globalización que llega a nuestros países periféricos es acentuadamente perjudicial, sobre todo para los sectores más desfavorecidos. No es que no haya nada positivo en el mundo global que se nos impone. Pero aquí queremos enfatizar que, en términos generales, los efectos del fenómeno sobre nuestros países son, sobre todo, negativos.

Las características dominantes de la globalización son las características de la globalización dominante

Si a la globalización que nos impacta negativamente hay que buscarle partida de nacimiento, entonces hay que remontarse a mediados de los años ochenta del siglo pasado y ubicarse en el llamado “consenso neoliberal”, también conocido como “consenso de Washington” por haberse acordado en la capital estadounidense por parte de los países más ricos del mundo. En ese acuerdo, se tuvieron en cuenta el “futuro de la economía mundial, las políticas de desarrollo y sobre todo el papel del Estado en la economía. (Y aunque) no todas las dimensiones de la globalización están inscritas del mismo modo en este consenso, pero todas ellas han sido afectadas por su impacto” (Santos, 2003: 169). Los grandes lineamientos de estos acuerdos han sido los contenidos fundamentales de la globalización, cuyos efectos son los que llegan a nuestros países. Es decir, tal y como ha sucedido antes en la historia con conceptos como el de modernización o el desarrollo, las características dominantes de la globalización son las características de la globalización dominante que provienen de ese consenso de Washington. En breves palabras, este consenso tiene cuatro componentes generales que son intrínsecos a la globalización: el consenso del Estado débil, el consenso de la democracia liberal, el consenso del Estado de derecho y del sistema judicial y, finalmente, el consenso económico neoliberal (Santos, 2003; 182).

Desde esta perspectiva, en El Salvador, estas características dominantes de la globalización comenzaron a “institucionalizarse” a partir de 1989, cuando comenzaron los Gobiernos de Arena, que siguieron al pie de la letra los postulados del consenso neoliberal, privatizando las empresas del Estado que prestaban servicios, a través de procesos todavía oscuros que favorecieron, por un lado, “privilegios de todo tipo para el gran capital; por el otro lado, múltiples abusos contra los consumidores”, afirma Giavani Galeas en *El Salvador Times*

(2016). Este autor, en el mismo artículo, retoma unas palabras de Salvador Samayoa que reflejan diáfamanamente lo que ocurrió con la privatización en el país: “Hubo mucha ideología y dogmatismo, sobre todo en el período de Francisco Flores, en las demasiado sacrosantas fuerzas del mercado, porque los abusos en las privatizaciones fueron generalizados, y partiendo de la estructural inequidad, no basta con el rebalse económico para solucionar las cosas”.

Por supuesto, si se asume que el Estado es parte del problema y no de la solución como lo hace el neoliberalismo, entonces lo que corresponde es debilitarlo. Así se procedió a dismantelar a un Estado salvadoreño que ya era débil, con el agravante de que se le venía encima una etapa de posguerra que exigía su fortalecimiento para enfrentar los delicados retos que dejaba el conflicto armado.

Manifestaciones locales de la globalización

En países como los centroamericanos, frecuentemente se cree que hablar de globalización es hablar en abstracto de algo que, aun aceptando que tiene influencia sobre nosotros, no lo podemos percibir. Sin embargo, las olas del mundo globalizado no solo llegan a través de la imposición de un modelo económico y político que ha sido incapaz de resolver los graves problemas de nuestras sociedades. Las nuevas tecnologías, sobre todo el campo que se ha abierto internet y particularmente las redes sociales, son ejemplo palpable de que vivimos en un mundo en el que, como dice Giddens, se unen localidades a pesar de la distancia que los separa. Pero, además, la globalización tiene manifestaciones cada vez más palpables en nuestros países. Basta con percatarse del origen de las prendas que usamos a diario para cerciorarse de la realidad de la globalización.

Lo fáctico es que la región, en general, y El Salvador, en particular, son afectados en términos negativos, aunque la opinión pública

no asocie esos daños con el fenómeno global. Problemas acuciantes para la población en materia desigualdad, violencia, migración y degradación ambiental tienen una innegable vinculación con la globalización fáctica. Algunos ejemplos nos pueden ilustrar al respecto.

- En El Salvador, las empresas multinacionales han sustituido, en gran medida, a las nacionales. Aunque los defensores salvadoreños de las políticas neoliberales siguen enarbolando la bandera del nacionalismo, en realidad, los intereses nacionales no son más importantes que las fortunas personales. Un ejemplo de ello es que muchas de las pocas grandes empresas, otrora propiedad de empresarios salvadoreños, han sido vendidas al mejor postor. La principal línea aérea del país ahora es propiedad mayoritaria de un poderoso consorcio colombiano; los bancos más grandes y de más tradición en el país ahora son propiedad de grupos estadounidenses, canadienses, colombianos y británicos; la empresa embotelladora que cubría cuatro quintas partes del mercado de bebidas gaseosas y más del 90 % de las cervezas, ahora es de un grupo transnacional; las telecomunicaciones están en manos de compañías estadounidenses y españolas y solo ha quedado una cadena de supermercados nacional, las otras tres ahora son propiedad de Walmart. Estos son solo ejemplos de cómo el fenómeno de la globalización ha penetrado el tejido comercial y financiero del país.
- El triángulo norte de Centroamérica vive las situaciones más graves de seguridad ciudadana del continente americano. Centroamérica fue la región que presentó un mayor número de homicidios dolosos en el mundo en el año 2012, según el informe *Estudio global de homicidios* de la Oficina de la ONU contra la Droga y el Delito (UNDOC). Sin duda, esta situación obedece a factores endógenos cuya solu-

ción ha sido históricamente postergada, la mayoría de veces, por incapacidad o por complicidad. Pero aquí nos interesa resaltar los factores exógenos, porque también es innegable que han contribuido a que Centroamérica se desangre nuevamente. La globalización de las pandillas juveniles —llamadas aquí “maras”, y ahora declaradas como el enemigo número uno por las autoridades de seguridad—, se originaron en el trasplante de las experiencias pandilleras de Estados Unidos hacia Centroamérica. La expansión de los cárteles de narcotráfico de México, en especial de los Zetas, hacia Centroamérica, es otra de las causas que están a la base del fenómeno de la violencia. En materia de narcotráfico, la droga burla fronteras, incluyendo hasta las más resguardadas de países ricos. Centroamérica es, por su posición geográfica, lugar de tránsito de migrantes, de armas, de mercancía y, por supuesto, de droga. El *Informe sobre estrategia internacional de control de narcóticos 2016*¹ del Departamento de Estado de los Estados Unidos, estimó que, en el segundo semestre de 2015, el 90 % de la cocaína destinada al país del norte pasó primero por el corredor de México y Centroamérica. Se calcula que los costos de seguridad alcanzan el 11 % del Producto Interno Bruto de El Salvador, según declaraciones de los representantes de la gran empresa privada.

- La migración es un fenómeno omnipresente en la realidad de los países del triángulo norte. Las economías de Guatemala, Honduras y El Salvador se mantienen a flote, precisamente, por las remesas familiares de los migrantes asentados sobre todo en los Estados Unidos. Según el Consejo Monetario Centroamericano (CMC), en el 2015, Guatemala fue receptora, en concepto de remesas, de 6285 millones de dólares, El Salvador de 4729.60 y Honduras de

1. El informe se presenta en dos tomos: uno sobre “Control de estupefacientes y químicos” y el otro sobre “Delitos financieros y lavado de dinero”. La información revelada corresponde al segundo tomo.

3726.7. La migración en el triángulo norte de Centroamérica está asociada, básicamente, a tres factores: la precaria situación económica de la familia, la cada vez más insoportable crisis de violencia e inseguridad y los proyectos de reunificación familiar entre migrantes que se han logrado instalar en los países de destino y familiares que ha quedado en sus países de origen. Si bien estas dimensiones están a la base de la migración, es cierto que también son consecuencias de ella, creando un círculo vicioso en el que están atrapadas nuestras sociedades. La migración constituye un signo evidente de la “aldea global” en la que se está convirtiendo el mundo a causa de la globalización.

- La pobreza y la desigualdad también se han visto agudizadas, sobre todo, desde la crisis financiera global que inició en el año 2008 y que, aunque no se originó en estas latitudes, nos hizo presa de sus efectos. Un reciente informe del Banco Mundial (2015) estima que una cuarta parte de la población salvadoreña padece pobreza crónica, es decir, gente que nació pobre, vive pobre y morirá pobre. Además, el informe reveló algo que es también muy preocupante: el 38 % de la población experimenta movilidad social descendente, es decir, que han bajado su nivel de vida y están en proceso de acercarse peligrosamente a la situación de pobreza. Con grandes obstáculos y contra la voluntad de muchos de los empresarios nacionales, el salario mínimo en El Salvador se ha definido, a partir de 2017, en \$300 para la ciudad y \$200 en el campo. De acuerdo a la Dirección General de Estadísticas y Censos (Digestyc), del Ministerio de Economía de El Salvador, la canasta básica alimentaria urbana de once productos (la que se considera mínima) para 3.74 miembros de una familia en julio de 2016 costaba \$200.45 y la rural (de solo nueve productos) \$140.77. No se puede pagar más porque, si se hace, el país deja de ser competitivo en el concierto de la economía regional y mundial.

Una globalización con consecuencias negativas

Desde el derrumbe del bloque socialista, los que han promovido la globalización la entienden como una especie de “tren de la historia”, el único y el último tren que “no solo es el fin de la guerra fría o la culminación de un período específico de la historia de la posguerra, sino el fin de la historia como tal: esto es, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal como la forma final de gobierno humano (Fukuyama, 1989: 6-7). La historia y la realidad, según esta visión, nos ha dejado un mundo monopolar, en el que el capitalismo se ha erigido como el gran triunfante sobre los socialismos históricos que sucumbieron por sus propias contradicciones. Se acepte o no, se quiera o no, se ha impuesto la lógica liberal y ha quedado como la única forma de gobierno aceptable a nivel planetario.

Este carácter impositivo de una globalización que responde a los intereses de las potencias mundiales (Santos 2003: 170) hace que sus efectos sean negativos, especialmente para los pueblos y países pobres porque “sus beneficios se distribuyen muy desigualmente, lo mismo que sus costos” (A. Ramazzini, 2002). En general, el proceso globalizador condena la vida de millones de personas, ya sea por inclusión a través de la explotación o por exclusión (Martínez, 2001: 64), al punto de que ser explotado, como ha sostenido Hinkelammert (1995: 30), puede resultar en estos tiempos hasta un privilegio.

Los ejemplos expuestos sobre lo que consideramos signos de la globalización en El Salvador, pretenden ilustrar cómo la globalización es una realidad en nuestros países y una realidad que tiene especialmente consecuencias negativas para gran parte de la población. Y es que la globalización tiene un efecto directo sobre los países. Las dinámicas que encierra provocan la disminución de los márgenes de maniobra y muchos aspectos

estratégicos para los países son definidos en el ámbito extranacional.

Es decir, tenemos que decir desde estos países de la periferia que, tal y como se vive y la viven grandes sectores de la población, la globalización es éticamente reprochable. A nuestro juicio, lo que sucede es que el centro de este proceso global no es, como debería, la persona humana, sino el dinero regido por las inexorables leyes del mercado. En la globalización, la lógica es “tú vales en cuanto produces, no porque eres persona y, por lo tanto, si hay que hacer una fusión de empresas, y en esta fusión hay que despedir 50, 100 o 4000 [personas], despidámoslos, porque está antes el beneficio económico que la condición de cada uno como persona” (A. Ramazzini, 2002). La imposición del modelo neoliberal debilitó nuestros Estados nacionales con la privatización de algunas de sus funciones, y esa privatización ni funcionó para regular o desarrollar el mercado ni mucho menos para combatir la pobreza, la marginación y la destrucción ambiental. Al contrario, el “Estado privatizado” aumentó la desigualdad entre países y al interior de nuestros países pobres, aceleró el deterioro medioambiental y pauperizó el nivel de vida de la mayoría de la población.

Cuando se comenzó a dismantelar el Estado salvadoreño, se prometió desarrollo, “rebalse económico”, bienestar para toda la población. Casi tres décadas después de aquellas promesas, El Salvador ostenta uno de los índices de desigualdad más escandalosos en el continente más desigual del mundo. De acuerdo a una investigación de Oxfam publicada en mayo de 2015, 160 millonarios del país concentran el 87 % de la producción nacional acumulando una fortuna de 21 000 millones de dólares. Desde hace años, el país se debate en una crisis fiscal y la familia salvadoreña ve cómo sus condiciones de vida se van deteriorando; mientras tanto, para un

pequeño grupo que promovió y defiende el proceso de globalización que en estos países tiene nombre de neoliberalismo, el modelo ha sido exitoso. Con mucho acierto, el economista y político Héctor Dada ha afirmado que “el único éxito del modelo implementado en El Salvador ha sido el de la concentración de la riqueza”². Por otro lado, estos años el país ha caminado de cabeza hacia su deterioro ambiental. El país es el más deteriorado ambientalmente en el continente solo después de Haití (PNUMA, 2010), también el más deforestado (FAO, 1993) y el país de la región que está al borde del estrés hídrico al tener la menor disponibilidad de agua por habitante del continente.

Esta es la cara predominante de la globalización en El Salvador y, nos atrevemos a asegurar, también en los países vecinos. Pero si la globalización es una realidad innegable, ¿podemos hacer algo para hacerla beneficiosa para nuestros pueblos?

Fortalecer el Estado nacional

Lo que vamos a proponer como primera cuestión puede parecer, en un primer momento, algo absurdo y contracorriente de la lógica del proceso globalizador, pero no lo es. De hecho, varios e importantes referentes teóricos del proceso de globalización lo han dicho, quizá sin la resonancia debida.

En El Salvador, lo que se hizo para poner al país “en sintonía” con la tendencia mundial (con el tren de la modernización) fue debilitar al Estado bajo la consigna de que es un distorsionador del mercado y con el convencimiento de que el mercado por sí mismo, con su mano invisible, puede corregir las distorsiones no solo económicas, sino también sociales. Pues, en primer lugar, el camino que recorrer es precisamente desandar lo caminado. Lo que debemos hacer es fortalecer el Estado nacional. El liberalismo y el neoliberalismo

2. Conferencia sobre la situación económica del país. Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 17 de julio de 2017.

propugnan por reducir el Estado al máximo, pero precisamente eso es lo que ha ocasionado en nuestros países que las necesidades y desigualdades locales no puedan ser enfrentadas de manera efectiva. Este carácter local de los problemas hace que el Estado nación sea indispensable. Por más que haya perdido fuerza, el Estado sigue teniendo el monopolio político (Manuel Reyes Mate, 2000: 201) y sigue siendo insustituible (Asier Martínez de Bringas, 2001: 66). No se puede dejar en manos del mercado ni se puede confiar, a la gran empresa privada, la suerte de millones de seres humanos. Cuando lo crucial son aspectos sociales de la vida, el mercado no funciona. La historia ha demostrado que lo que ha provocado este mundo devoto del mercado es una desigualdad sin precedentes en la historia de la humanidad.

Por tanto, hay que redireccionar el Estado de manera que sea eficiente y acompañe a la sociedad civil en el combate contra la pobreza y en la lucha contra la desigualdad. Y eso se puede lograr solo fortaleciéndolo, porque, dada la situación a la que nos ha llevado la ola de la globalización, el Estado es insustituible para abordar los intereses de nación y de la sociedad. Cuando en El Salvador se habla de que el aparato estatal tiene “grasa”, refiriéndose a la inversión en programas sociales, lo que se está señalando en verdad son apenas elementos que deberían ser potenciados. Por supuesto que hay que hacer una revisión de la eficiencia del gasto del Estado y erradicar las prácticas corruptas de la administración pública. Pero ello solo es una parte de lo que se necesita hacer. El país requiere más recursos para hacer frente a sus necesidades. El centro de esta cuestión radica en que el fortalecimiento del Estado pasa por revisar la carga fiscal, y los sectores que históricamente han acumulado el poder, también con la riqueza, nunca han estado dispuestos a sacrificar sus niveles de rentabilidad en favor de la colectividad.

En segundo lugar, el fortalecimiento del Estado debe ser paralelo y simultáneo a la

construcción de una democracia integral. Y con esto no nos referimos a lo que quienes usan reiteradamente la palabra “democracia” reivindicán como “el régimen de libertades”. Por supuesto que la defensa y promoción de los derechos políticos es indispensable para la democracia. Pero, para que una democracia sea verdadera, debe ser integral, es decir, velar también por el cumplimiento de los derechos económicos, sociales y culturales. Siendo casi universalmente aceptado que “la democracia es el único sistema éticamente justificable” (E. Garzón Valdés, 2003: 22), cualquier medida que se haga para recuperar la capacidad del Estado nacional pasa por el fortalecimiento de la democracia integral. En El Salvador, ahora que está de moda la referencia a la Sala de lo Constitucional, una persona puede poner una demanda porque le han violado su derecho al voto o a ser elegido, y estas demandas muy probablemente sean escuchadas. Sin embargo, todavía está demasiado lejano el horizonte que contempla interponer una demanda por incumplimiento del derecho a la educación, a la salud, al agua o a la alimentación. Y mucho más lejano el horizonte de que esta demanda sea escuchada. Mientras los derechos no toquen el bolsillo del Estado o de los poderosos, pueden ser planteados en este país; pero si tocan la riqueza, dejan de ser derechos efectivos.

En tercer lugar, para hacer avanzar la democracia es indispensable la construcción de una ciudadanía activa, participativa, que integre todos los derechos (políticos, sociales, económicos) de tal manera que no se pueda entender el concepto de ciudadanía si se mutila alguno de esos derechos (Martínez, 2001: 56). Este tipo de ciudadanía en capacidad de ejercer contraloría social puede hacer posible la superación del reduccionismo democrático que postula la democracia como equivalente a elecciones. Sin una ciudadanía formada, activa y participativa, será difícil superar la democracia domesticada por el liberalismo (Wood, 2006: 399) que la redujo a lo que hoy llamamos democracia formal, democracia electoral o democracia pasiva.

Desde lo local a lo global

Creemos que solo desde un Estado nacional fortalecido con las características anteriormente enumeradas (fuerte, democrático y con una ciudadanía participativa) es que se puede, en unión con otros Estados nación, buscar una globalización que responda no a los intereses solo de las potencias mundiales, sino a los intereses de la sociedad planetaria. La posibilidad de resistir a la imposición del modelo globalizador dominante y de crear, junto con otros, un modelo alternativo, es directamente proporcional al fortalecimiento del Estado.

Desde un Estado más fuerte, el abordaje al tren de la globalización puede hacer frente a las imposiciones que son dañinas para nuestros pueblos y hasta se pueden comenzar a revertir las consecuencias negativas que la globalización fáctica ha ocasionado en nuestros países. Ciertamente, la crisis mundial de los últimos años se ha ensañado con los trabajadores de todas las nacionalidades, pero en aquellos países en los que ellos y ellas lograron conquistar sistemas de protección más sólidos (como en los países europeos), la crisis les ha golpeado menos que en estos países en los que la desproporción entre la inversión en la fuerza de trabajo y en los medios de producción es escandalosa.

La globalización hay que construirla desde los Estados nación fortalecidos. Se debería explorar unas instancias transnacionales que cumplan las funciones que el Estado nación no pueda cumplir a nivel global o unas instituciones supranacionales en las que la globalización y los derechos humanos amplíen el abanico de discursos y las reivindicaciones sobre los derechos de ciudadanía (Sequera, 2012: 516) o una organización mundial de los Estados que diera una respuesta a los problemas sociales con visión cosmopolita (Reyes Mate 2000: 204).

Aunque hemos hecho énfasis en las consecuencias negativas que la implementación

de la globalización fáctica causa en nuestros países, hay que reconocer que la actual globalización, a la par de las injusticias descritas, destella signos esperanzadores —momento ético, lo llama Martínez de Bringas— que dan permiso para convocar el respeto a la vida y al bienestar humano. Las sociedades del mundo podemos tener la capacidad de llegar a consensos mínimos para compartir estándares del respeto a la vida. Hay que partir de estos signos para hacer de la globalización un fenómeno moralmente valioso (Garzón Valdés: 22) que nos encamine a una mayor humanización. Base material hay para hacer más humana la convivencia mundial. La ONU estima que, actualmente, se producen alimentos para nutrir a 12 000 millones de personas en un planeta que solo tiene 7000 millones y que, contradictoriamente, deja morir de desnutrición a más de 3 millones de niños cada año. La lógica actual de la globalización “cínica —la de la exclusión masiva, la de las burocracias transnacionales privadas— choca con los derechos humanos en cuanto que estos funcionan, por el carácter de sus reivindicaciones, como elementos distorsionadores del mercado (Martínez, 2001: 52).

Conclusión

La globalización ya llegó, está con nosotros cada día y tiene manifestaciones palpables en la organización de la sociedad y, especialmente, en la del comercio y las finanzas. Esta globalización es la dictada por los poderes que dominan al mundo.

La globalización hegemónica es éticamente reprochable porque no tiene en el centro de su dinamismo a la persona humana, sino al dinero y al mercado como el mecanismo regulador de las relaciones entre personas. Es éticamente inadmisibles porque, en su mayoría, produce efectos contra la vida de millones de personas, especialmente en los países más pobres del mundo.

Contrario a lo que postula la teoría neoliberal, el Estado nación, incluso desde

una soberanía imperfecta en el contexto de la globalización, constituye un agente fundamental e insustituible para garantizar el cumplimiento de los derechos humanos de toda la población, derechos que no se limitan a los postulados por la democracia formal o electoral, sino también a los derechos sociales y políticos.

Para subirnos al tren de la globalización, lo más importante es mejorar la calidad de los pasajeros o, a lo mejor, conviene tomar otro tren con mejores tarifas, asientos más cómodos. Esto lo podremos hacer desde un Estado fuerte, eficiente, con una democracia integral y desde una sociedad igualmente fuerte, organizada y participativa. De lograrse el fortalecimiento de los Estados, desde su conjunción podríamos dar el salto a una globalización construida desde estándares del respeto a la vida, a la dignidad de las personas, es decir, un tipo de globalización para mejorar la vida de todas las personas, no solo la de unos cuantos.

Bibliografía

- Banco Mundial (2015). *Los olvidados, pobreza crónica en América Latina y el Caribe*. openknowledge.worldbank.org
- Calcagno, A. E. & Calcagno, A. F. (1995), "La política económica neoliberal es la única posible", *Realidad Económica* 131, Buenos Aires: IADE.
- De Sousa Santos, B. (2003). "Los procesos de globalización" en *La caída del Angelus Novus. Ensayos para una nueva teoría social y una nueva práctica política*. Universidad Nacional de Colombia.
- Fukuyama, F. (1989): "¿El fin de la historia?". Ensayo en la revista *The National Interest*, Center for National Interest, Washington D. C.
- Galeas, G. "Cómo y por qué se dispersó la derecha política salvadoreña", en *El Salvador Times*, 24 de octubre de 2016. <http://www.elsalvadortimes.com>
- Garzón Valdés, E. (2003). "Algunas consideraciones sobre globalización y democracia" en *Revista de Pensamiento Iberoamericano*, Universidad de Alcalá.
- Giddens, A. (1990). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hinkelammert, F. (1995). *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*. San José, Costa Rica: DEI.
- Meiksins Wood, Ellen (2006). "Estado, democracias y globalización" en *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*. Buenos Aires: Clacso.
- Oxfam (2015). "Un acercamiento a la desigualdad en El Salvador". www.oxfam.org/sites/www.oxfam.org/files/media-briefingdesigualdades19052015_0.pdf
- Martínez de Bringas, A. (2001). "Introducción: Al nuevo contexto para pensar los derechos humanos". *Cuadernos Deusto de Derechos Humanos*, n.º 15. Bilbao: Globalización y Derechos Humanos - Deusto Publicaciones.
- Ramazzini, A. (2002). "Efectos de la globalización en Centroamérica". VII Jornadas Comité Óscar Romero, Migraciones y Solidaridad. Murcia, España.
- Reyes Mate, M. (2000). "Globalización y política". Instituto de Filosofía, CSIC, España.
- Sen, Amartya (2001). "Juicios sobre la globalización", *Fractal* n.º 22, volumen VI.
- Sequera, J. y Janoscchka, M. (2012). "Ciudadanía y espacio público en la era de la globalización neoliberal". En *Arbor, Ciencia, Pensamiento y Cultura*, Universidad Complutense de Madrid.